

Ivan Bunin

Mis encuentros con Gorki



Hace algunos días, oí por la T. S. H. la voz alta e indiferente del «speaker»:

«El escritor Máximo Gorki ha muerto... Alexis Pechkov, conocido en literatura con el nombre de Máximo Gorki, había nacido en 1868 en Nigni-Novgorod, de una familia de cosacos...».

«...Muerto...».

Era la primera vez en mi vida que oía mencionar su origen cosaco. ¿Era realmente cosaco? Quién sabe. Por extraño que parezca, nadie tuvo nunca nociones exactas sobre la vida de Gorki.

Su destino fué fabuloso. Circunstancia muy favorables, sobre todo políticas, le hicieron gozar, durante cuatro años, de una gloria mundial. ¿Pero quién sabe su verdadera biografía? Se repite: «Salió de los bajos fondos del pueblo», y, sin embargo, leemos en la gran enciclopedia rusa de principios del siglo: «Gorki-Pechkov Alexei Maximovich nació en 1868, en un medio muy burgués; su padre era gerente de una

vasta empresa de navegación y su madre hija de rico comerciante».

En 1892, Gorki publicó en el diario «Le Caucase», su primer relato: «Makar Tchiendra». Tres años más tarde hizo aparecer su célebre «Tchelkach». Se empezaba ya a comentar sus obras, numerosos lectores se extasiaban con su «Makar» y sus relatos «Emilián Pilay», «El viejo Arhip y Lenka», ya era conocido como autor de sátiras políticas, («Del canario amante de la verdad y del picoverde que mentía») y de folletines que publicaba en el diario de Samara bajo el seudónimo de «Jegudiil Chlamida». Luego apareció su «Tchelkach».

Yo vivía entonces en Poltava, Ucrania. Un buen día se extendió un rumor por la ciudad: «El joven escritor Gorki venía a establecerse a Kobeliaki; era una figura muy pintoresca: un muchacho robusto, con un sobretodo muy largo, con un sombrero «de alas así...», un nudoso bastón en la mano».

Nos conocimos en la primavera de 1899, durante mi estada en Crimea. Un día que paseaba por el muelle de Yalta, vi a Tchekov que se dirigía hacia mí, acompañado por un desconocido.

Tchekov ocultaba el rostro tras un periódico. ¿Se protegía del sol o del desconocido que marchaba a su lado y que, al hablarle en voz baja, agitaba los brazos que emergían de un gran sobretodo? Estreché la mano de Tchekov, que hizo las presentaciones: «Bunin.— Gorki».

Observando al recién llegado con más atención, tuve que admitir que la descripción que se hacía de él en Poltava era exacta sólo en parte: el sobretodo, el sombrero «de alas así», el bastón nudoso, eran verdad, pero bajo el sobretodo, Gorki llevaba una blusa de seda amarillo claro, bordada en el cuello y los faldones, y rodeada, a guisa de cinturón, por una trenza oscura. No era un hombre del todo robusto, sino más bien un obrero de gran estatura, un poco encorvado, de cabellos claros, ojos pequeños y verdes, rostro sembrado de pecas y bigotes amarillos, que él alisaba constantemente con los dedos humedecidos en saliva.

Casi inmediatamente hubo entre nosotros un acercamiento amistoso. Esta amistad no estaba desprovista, de parte suya, de cierto sentimentalismo y cierta tímida admiración.

«Es usted, me decía, el último escritor de la nobleza, de esa cultura que ha dado al mundo Puchnkin y Tolstoi».

Cuando Tchekov, a quien fatigaban los paseos y las conversaciones—pues su enfermedad pulmonar empeoraba—tomó un coche para volver, Gorki me invitó a subir al cuartito que subarrendaba, en la calle de Vignes.

En ese momento, no se parecía en nada al Gorki que conversaba en el muelle con Tchekov; era otro hombre, gentil, modesto y que hablaba en tono cordial y como excusándose, sin huellas de grandilocuencia o grosería; era muy pronunciado su acento del Volga.

Estas dos actitudes eran sólo un juego: representaba sin cesar así, y siempre con el mismo placer. Después supe que era capaz de recitar monólogos de la mañana a la noche, siempre tan diestra y tan sinceramente.

Se compenetraba completamente de su personaje y, en los momentos patéticos, cuando deseaba ser enternecedor, las lágrimas acudían fácilmente a sus ojos verdes.

Era muy diferente si se encontraba en público, a solas o entre sus íntimos. En público, su voz zumbaba; su propia ambición, el entusiasmo de sus auditores le hacían palidecer; no hablaba sino de cosas elevadas, rudas o serias; le gustaba predicar ante sus admiradores, tratándolos ya con despreocupación, severidad o sequedad didáctica. Pero apenas se volvía a encontrar solo con sus amigos, volvía a ser amable, ingenuamente alegre y modesto hasta la exageración.

Un segundo rasgo característico de este hombre curioso, era su culto por la literatura y la cultura. Sólo se sentía feliz cuando hablaba de ellas. Ya en Yalta, en nuestro primer encuentro, me dijo lo que debía repetirme tantas veces:

«Usted comprende, es un verdadero escritor porque tiene en la sangre la cultura, la herencia del arte tan elevado de la literatura rusa. En cuanto a nosotros, escritores para una nueva familia de lectores, estamos obligados a asimilar continuamente esta cultura, y respetarla con toda nuestra alma sólo así podremos llegar al éxito.

En realidad, había en todo eso un poco de artificio, algo de enternecimiento ante la nobleza de su propio papel, un poco de esa humildad exagerada que es a menudo peor que el orgullo; pero también, había, creo, mucho de sinceridad: sin eso, ¿cómo habría podido repetirlo durante tantos años y a menudo con lágrimas en los ojos?

Durante los días que siguieron a nuestro encuentro, logré hacerme una idea más exacta de su exterior.

Era flaco, pero tenía los hombros anchos, que levantaba al encorvarse; caminaba sobre la punta de los pies con la destreza y la elegancia de un ladrón (que me perdonen el término); a menudo he observado el mismo andar entre los vagabundos del puerto de Odesa.

Cuando conocí a Gorki, era ya célebre. Después su gloria no hizo más que aumentar. Los intelectuales estaban locos con Gorki; los viejos decían que, por lejos que se remontan sus recuerdos, nunca ningún escritor había tenido en Rusia un éxito tan impetuoso ni llegado tan profundamente a los espíritus y a los corazones. Era muy comprensible, sin embargo, porque era la época del gran impulso revolucionario, a la cual correspondía su obra. Además, era el período de las luchas ardientes entre los «socialistas populistas» que querían apoyarse en los campesinos, y los «marxistas», que acaban de aparecer. Ahora bien, Gorki deprecia-
ba a los campesinos y cantaba la audacia y la rebelión del proletariado, de todos esos «Tchalkach» hacia quienes miraban los marxistas en sus planes revolucio

narios: «El campesino no es más que un burgués al que sólo le falta hervir en la olla del capitalismo».

La aparición de cada nueva obra de Gorki era un acontecimiento.

Gorki había alquilado una gran casa en Nijni-Novgorod y un vasto departamento en San Petersburgo, y a menudo iba a Moscú y a Crimea. Dirigía la revista «La Vie Nouvelle» y había fundado la casa editora «Le Savoir». Ciertos comerciantes moscovitas millonarios, y liberales, solicitaban su amistad, y muchos de ellos le entregaron fuertes sumas para ayudar al trabajo ilegal de los revolucionarios. Se puso a escribir para el Teatro de Moscú, del que llegó rápidamente a ser el segundo ídolo (el primero era Echékov); no dejaban a Chaliapin, Nemirovich Dantchenko, Stanislavski, y escribía a los artistas dedicatorias del estilo de la que presentó a Knipper, la mujer de Tchekov: «Quisiera que este libro estuviera encuadernado con la piel de mi corazón».

Presidió los principios literarios de Andreiev y los de otros escritores a quienes había admirado en su intimidad.

Pero sus favores no duraban, en general, mucho tiempo: después de haber encantado a su nuevo amigo con sus atenciones y su afabilidad, lo trataba con la más completa indiferencia.

Llegó a ser muy difícil verlo en público: inmediatamente que aparecía en alguna parte, lo rodeaba una multitud tal, que era imposible acercársele. Tomaba

entonces una actitud torpe; fingiendo no notar las miradas que pesaban sobre él, y se sentaba con dos o tres amigos, elegidos entre las celebridades del día; carraspeaba como un soldadote, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, vaciaba de un golpe su vaso de vino tinto y lanzaba en voz alta e inteligible alguna sentencia vulgar o una profecía política; luego volvía a fingir que no veía a nadie, frunciendo las cejas y tamborileando en la mesa, mientras conversaba con sus amigos. Por lo demás, hablaba distraidamente, aunque sin detenciones, y sus compañeros no hacían más que reflejar las cambiantes expresiones de su rostro. Orgullosos de su intimidad con Gorki, se daban tono, tomaban aires independientes y despreocupados, lo llamaban a cada instante por su nombre: «Justamente, Alexei. No, no es eso, Alexei... Tú ves, Alexeis... Se trata, Alexei...».

Toda huella de juventud había desaparecido rápidamente del rostro de Gorki. Su piel se había oscurecido, sus ojos se habían hecho más duros y alargados —las malas lenguas lo apodaban «el Caporal» o «El Policía»—su rostro se había arrugado y su mirada adquiría una expresión provocativa.

Cuando lo encontraba solo o en círculo de amigos, volvía a ser el Gorki de antes, aunque más serio y más seguro de sí mismo. A menudo profería groserías en público. Un día dió un escándalo en el Teatro de Arte de Moscú. Estaba en un palco, durante la representación de una pieza de Tchecov. Una multitud de ad-

miradores se apretujaba en el corredor ante su palco, tratando de verlo.

Gorki se levantó, abrió la puerta y gritó:

—«La pieza es de Tchehov, no mía. ¿Qué diablos queréis? No soy ni una bailarina, ni un ahogado, ni la Venus de Milo».

Llevaba entonces una blusa oscura, un cinturón caucásico incrustado de plata, botas cortas y pantalones negros. Para imitar el estilo «popular» de su indumentaria, Andreiev, Skitalitz y los otros «sub-Máximos», como se llamaba a sus amigos y discípulos, empezaron a llevar las botas, la blusa rusa y la larga casaca: el mismo Chaliapin adoptó ese traje folklórico: blusa de seda roja, casaca de paño fino, elegantes botas.

Después del estreno de «Bajos fondos», el público, de pie, lo aclamó con delirio y Gorki hubo de salir diecinueve veces. Sólo aparecía después de largos aplausos de la sala, que aullaba y golpeaba el suelo con los pies. Al salir de bastidores, surgían repentinamente, con blusa y botas, los dientes apretados, lívido, encorvado, sin saludar y echando sólo sus cabellos hacia atrás con un gesto malévolos. Cuando, por fin, se vació la sala, Gorki, con el mismo aire brusco, se puso el sobretodo y en voz baja y contenida, ordenó a sus amigos y admiradores que se dirigieran al restaurante Testov, donde ofrecía una cena a los artistas del teatro.

Adoraba tener grandes sumas de dinero—en realidad, le gustaba todo lo que era grande.—En esa época se puso a coleccionar monedas antiguas, medallas, pie-

dras preciosas. Las miraba, las mostraba, las pesaba con habilidad en la palma de la mano, conteniendo una sonrisa de satisfacción. En su casa sólo bebía vino francés, desdeñando los vinos rusos. Yo me preguntaba entonces—como me lo he preguntado siempre—dónde encontraba fuerzas, para hablar todos los días, durante horas enteras, para beber a toda hora del día y de la noche, para fumar cien cigarrillos diarios, dormir cinco o seis horas y escribir con su letra fina y redonda una serie de novelas y piezas.

A menudo se decía en Rusia que los manuscritos de Gorki estaban llenos de faltas que sus amigos corregían; ¿cómo queréis que un vagabundo sepa escribir correctamente?

Pero estaba lejos de ser verdad. Escribía de manera perfectamente correcta y, desde los principios de su carrera, reveló una gran experiencia literaria.

Se habla a menudo de su conocimiento particular de Rusia. Debió adquirirlo durante los años en que, después de haber abandonado al abogado Sanín había errado por el sur. Cuando lo conocí ya estaba casado y no vagabundeaba. Desde entonces no lo volvió a hacer. Vivía en Crimea, Nijni, Moscú y San Petersburgo. Fué una vez al Cáucaso. En 1905, después de la revuelta de Moscú, se refugió en el extranjero, pasando por Finlandia, fué a América y permaneció siete años en Capri. A principios de la guerra, Gorki se estableció en San Petersburgo, que luego dejó para ir a Moscú.

Durante cinco años sucesivos, mi mujer y yo pasamos el invierno en Capri.

Encontrábamos a Gorki todos los días, pasábamos las veladas con él y fué entonces cuando estuvimos más unidos. Yo lo quería mucho, me parecía en esa época muy diferente de lo que lo había conocido. No podía dejar de responder al gran afecto que me demostraba.

En abril de 1917, debía hablar en una reunión monstruosa del Teatro Michel, en San Petersburgo, el día de mi partida de esa ciudad. Me obligó a acompañarlo. Apenas subió al escenario, anunció mi presencia al público que me aclamó, lo que, dada la composición del auditorio, no me procuró ningún placer.

Terminada la reunión, Gorki, Chaliapin, el pintor Benoit y yo, nos dirigimos al famoso restaurante del «Oso». Había caviar fresco y mucho champaña. Como fuí el primero en irme, Gorki me acompañó hasta el corredor, me estrechó varias veces, me abrazó con toda el alma y nos separamos para siempre.